

DIOS HA MUERTO

APOGEO Y DECADENCIA DE FRANK VANDENBROUCKE,
EL TALENTO MÁS DESAPROVECHADO DEL CICLISMO

Andy McGrath



© Andy McGrath, del texto original 2022.

Publicado originalmente bajo el título *God is Dead: The Rise and Fall of Frank Vandenbroucke, Cycling's Great Wasted Talent* en 2022 por Bantam Press, un sello de Transworld Publishers. Transworld Publishers es parte del grupo Penguin Random House.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2022.

Gordoniz 47B
48012 Bilbao
info@librosderuta.com
www.librosderuta.com

Primera edición: octubre 2022

Traductor: David Batres Márquez

Edición: Eneko Garate Iturralde

Fotos de portada e interior: Getty Images

Diseño portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

ISBN: 978-84-123244-6-4

Depósito legal: BI 680-2022

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco en su convocatoria de ayudas a la edición promovidas en el año 2022.

ÍNDICE

Prólogo	11
1. Ploegsteert	17
2. El chico de oro	37
3. Milagros y curas	55
4. El chico	73
5. ¿Qué eres ahora?	91
6. Joven Dios	109
7. Un día de pesca	129
8. Un hombre poseído	143
9. Nadie sabe lo mal que lo he pasado	155
10. El especial	169
11. Vuelve Dios	185
12. Entregue el arma	201

DIOS HA MUERTO

13. El último creyente	215
14. Déjenme ser Frank	231
15. Inmortal.....	249
16. Una oración sin final.....	267
17. Solo Dios sabe	285
Epílogo.....	301
Agradecimientos.....	307
Índice onomástico.....	311

PRÓLOGO

*Me pasaron los brazos bajo las axilas y me alzaron en el aire.
Pusieron una corona en mi cabeza y se arrodillaron ante mi trono.
Allá donde fuera yo era VDB, el supertalento, el joven dios. La gente
tartamudeaba cuando me hablaba. ¿Cuánto tiempo puede pasar
antes de que uno mismo se crea tanta exageración?*

Frank Vandenbroucke, *Ik Ben God Niet*

En Bélgica el ciclismo es una religión. Por todo el país proliferan las carreras ciclistas y cada pueblo tiene un héroe local que ha participado en su gran cita deportiva, la Ronde van Vlaanderen, el Tour de Flandes. Aquí nadie nace siendo un dios, sino que te hacen dios: los paisanos de algún pueblecito que te ven correr, la prensa que cubre, de manera escrupulosa, hasta la carrera más pequeña, y los aficionados que glorifican este deporte tan humilde y de clase trabajadora como en ningún otro país se hace.

Desde sus primeras carreras Frank Vandenbroucke estaba convencido de ser alguien especial. En su primer mundial, el mundial júnior de 1991, se mostró como el más atrevido, un líder que busca llamar la atención. Todo se convertía en una competición. Si no ganaba se reprendía a sí mismo, o si consideraba que no hablaba un buen inglés, a pesar de sus pocos años; era el más joven de una enorme delegación, tanto que incluso tuvo que pedir una autorización especial para que le dejaran viajar, pues todavía quedaban unos pocos meses para su decimoséptimo cumpleaños. Ya era tan bueno, aun siendo tan joven, que cambiaron las reglas para que

podiera competir. En aquel viaje se acercó al corresponsal del *Het Nieuwsblad* y se presentó: «Me llamo Frank Vandenbroucke y en el futuro usted escribirá mucho sobre mí». Y estaba en lo cierto; en apenas unos pocos años alcanzó la estratosfera.

Muchos quedaban prendados de Vandenbroucke con solo mirarlo. Tenía el mismo pelo rubio y facilidad de palabra que su madre, dueña de un bar, y las cejas negras y la obsesión por el ciclismo de su padre; era guapo, con los pómulos afilados y una larga nariz de romano, aunque con un espíritu y aspecto eternamente juveniles, capaz de atraparte con solo esbozar una sonrisa de querubín, o enarcando una ceja.

Era un híbrido de lo más curioso, belga de nacimiento, pero muy poco belga en algunas de sus costumbres. Había nacido a apenas unos pasos de la frontera francesa, era bilingüe, hablaba francés y neerlandés, pero tenía cierto aire de italiano, país del que acabaría enamorado. Era elocuente, vanidoso, carismático, ladino y directo. Se le daba bien todo aquello a lo que se dedicaba; sobre todo el ciclismo. Tenía que ser el ciclismo, la obsesión familiar: sucedería a su tío Jean-Luc, quien también fuera un prodigio en los últimos años de la década de los setenta. El nuevo «VDB» había nacido para ello.

Ver a Frank sobre una bicicleta tenía algo de hipnótico: con esas piernas de bailarina de ballet y unos gemelos bronceados y pulidos por el sol y el tiempo, como un buen jamón ibérico, girando como las aspas de un molino bajo un vendaval, meciendo apenas la espalda, mientras su mente leía los mecanismos internos de la carrera como Neo podía leer Matrix, y con los ojos fijos en el asfalto que se abría ante él, mientras su boca dibujaba un círculo. Era capaz de lograr que un deporte de intenso sufrimiento y esfuerzo pareciera una actividad lánguida y fácil. Tenía los elogios garantizados.

No cabe objeción posible al hecho de que los periodistas lo llamaran el Chico de Oro, y que sus discípulos lo llamaran Dios. Demostró ser capaz de llevar a cabo actuaciones casi milagrosas sobre una bicicleta, en contradicción a su liviana complexión, siendo capaz de mantener a raya por sí solo a todo un pelotón,

siempre dispuesto a fracasar con elegancia en persecución de grandes victorias.

Fue el ciclista profesional belga más joven en cincuenta años, y estaba llamado a ser el más grande del país. «Quiero ganarlo todo», decía este adolescente. Y parecía capaz de hacerlo; podía superar pronunciadas ascensiones alpinas, defenderse en las duras contrarrelojes y desafiar al resto en cualquiera de las clásicas de un día de este deporte. Quince años después de la retirada de Eddy Merckx, la prensa del país llegó a la conclusión de que habían encontrado a su sucesor sobre la bicicleta: a un superior en cuanto a carisma, una estrella del *rock and roll* sobre ruedas que hacía que los héroes de turno, como Miguel Indurain, el héroe belga Johan Museeuw o la estrella suiza Tony Rominger parecieran corredores aburridos.

No tenía miedo de decir lo que pensaba. Era el mejor, ¿por qué simular lo contrario? Pese a ello, todo signo de arrogancia quedaba compensado por una enorme humanidad. Era un chico que había crecido en un bar de provincias hablando con todo el mundo, entregándose por completo y buscando, a cambio, una adoración similar. Los aficionados le piden a los deportistas que se impliquen de manera emocional, y Frank era un torrente de sentimientos, sin dique que los detuviera. La gente se sentía atraída por él y deseaba que lo hiciera bien.

Y al igual que no dejaba indiferente a nadie, resultaba imposible prever qué Frank Vandembroucke aparecería. Su talento acarrea tal fragilidad —una rodilla que había sanado mal tras un accidente infantil, cierta propensión a la mediocridad cuando su cabeza no estaba centrada— que seguirlo resultaba cautivador.

Aquella bravuconería que mostraba Vandembroucke no era más que una fachada; en el fondo era mucho más sensible de lo que dejaba entrever. Era un pistolero novato entrando en el salvaje oeste, convertido en profesional en la época más pútrida que vivió este deporte. El pelotón de los noventa formó una generación quemada y nuclear en la que muchos superhombres sobre la bicicleta quedaron reducidos a juguetes rotos, y muchos siguen sufriendo en silencio las secuelas físicas y mentales.

En el deporte profesional los verdaderos problemas dan comienzo cuando se termina la carrera, o cuando suena el pitido final. A los atletas se les ofrecen todos los medios y toda ayuda para que alcancen el éxito, pero apenas se los prepara o se los protege de las consecuencias de ese éxito: la atención, las dudas que le atezan a uno mismo, el dinero, la fama, las sanguijuelas, la presión, los *paparazzi*, la prensa basura, las tentaciones y el inframundo que acompaña a todo esto. Ningún deportista debería ser convertido en una deidad. Cuando los dioses caen de los cielos la caída es demasiado grande.

Él mismo podía ser su peor enemigo, oscilando entre la victoria y la derrota, la esperanza y la desesperación, grandes equipos ciclistas y bandas de pacotilla. Las relaciones personales se desintegraron; se vio una y otra vez frente a las autoridades y en varias ocasiones coqueteó con la autodestrucción. Tras cada revés regresaba a la bicicleta en busca de liberación, igual que una polilla vuela hacia la luz. Como Vandembroucke dijo en una ocasión, su vida era como un culebrón. Y toda Bélgica era la audiencia.

Dios ha muerto trata de contar toda la vida de Frank Vandembroucke: el ser humano de innumerables caras, además del ciclista, el hijo, el padre y el adicto. También trata de arrojar luz sobre la belleza y la brutalidad del deporte al más alto nivel, además de buscar respuestas a su misteriosa muerte a través de su vida, tan extraordinaria y turbulenta. ¿Hasta qué punto estaba perdido, lo hicieron descarrilar sus propias decisiones, fue engañado por las malas influencias, fue víctima de los abusos de la justicia, de la endémica cultura del dopaje o de la prensa que tanto lo acosó? ¿Cuánto deben sus acciones a sus propias tendencias autodestructivas, al abuso de las drogas, al narcisismo, a la frivolidad, la indisciplina y a un deseo de triunfar que le hacía no detenerse ante nada?

La vida nunca es fácil, ni tiene por qué ser justa, tampoco; y entre el blanco y el negro siempre hay numerosos tonos de gris. Se puede cometer un pecado y que, pese a ello, sea la gente y el sistema quien peque contra ese pecador. Se puede generar una enorme expectativa de éxito y quedar en nada. Y también se puede ser objeto de adoración y, pese a ello, perseguir el amor hasta el día de la muerte.

PRÓLOGO

Bélgica no es un país de héroes, sino de desvalidos. Nos mantenemos en silencio y seguimos adelante... Pero necesitamos héroes, ejemplos. Gente que no se venga abajo, gente que nos libere de nuestra mediocridad cotidiana. Gente capaz de volar, de hacer lo que el resto somos incapaces de hacer.

Matthias Declercq

Con ese talento puede decirse que Frank es el Cruyff del ciclismo. Puede ganarlo todo. Menos el Tour de Francia, seguramente.

Eddy Merckx

PLOEGSTEERT

Continúa adelante; y aunque la Fama rodee con su aureola tu nombre, recuerda de dónde viniste en aquellos días de la infancia.

Y cuando lleguen los días en que la vida torna oscuridad, recuerda las esperanzas y los miedos mezclados con las lágrimas del recuerdo.

Y culpa y elogio.

L'Envoi, Roland Leighton

El camino que se adentra y sale de Ploegsteert está hecho de *betonweg*. Esta asequible superficie cementada, común en la Bélgica rural, tiene, cada pocos metros, una junta que provoca un discordante *dun-dun* bajo los neumáticos. Te hace preguntarte una y otra vez si habrás pinchado, te lleva a dudar del motivo que te ha llevado hasta allí. Porque si estás en Ploegsteert no es por casualidad.

«No me gusta admitirlo, pero lo llamamos *le trou du cul du monde*, el culo del mundo. Si no tienes algo que hacer en Ploegsteert, no te detienes en Ploegsteert», dice la prima de Frank Vandenbroucke, Céline, con una risa. Algunos periodistas se han referido a él, rebasando el histrionismo, como el fin del mundo, un lugar en el que el viento se detiene y apenas crecen los árboles.

Tal vez fuera cierto en algún lúgubre día invernal muy concreto, porque sus afueras son una extensión de campos y granjas abiertos que recuerdan un cuadro de Brueghel. Cuando el viento sopla desde determinada dirección el olor a estiércol proveniente

de las granjas de los alrededores —más concretamente de una ciudad cuyo nombre significa «mango de arado» en neerlandés— invade la calle principal. Ploegsteert es una avanzadilla, ocupa las partes más alejadas de la Región Valona, a un tiro de piedra tanto de Francia como de Flandes. Este pequeño pueblo de dos mil habitantes está entre la ciudad francesa de Lille al sur e Ypres, la gran ciudad belga más cercana, a quince kilómetros al norte.

Casas de tejados del color del óxido se acumulan alrededor de la N365 que corre de norte a sur, atravesando la ciudad, donde están todos los servicios. Hay un banco, un supermercado local, una tienda de bicicletas y una tienda de patatas fritas; en un radio de cuatrocientos metros alrededor de la iglesia se asientan cuatro establecimientos de bebidas. La cerveza es un gran negocio aquí: salpicando el tráfico rural se pueden vislumbrar camiones de la cervecería Vanuxeem pasando a intervalos regulares por Ploegsteert. Es el mayor foco de empleo local, seguido muy de cerca por la fábrica de ladrillos en la vecina Le Bizet. Rumbo sur, en dirección a Francia, varias tiendas venden tabaco, cerveza y chocolate más baratos que al otro lado de la frontera gracias a una menor carga impositiva.

Un par de kilómetros al noroeste, una cresta de colinas arboladas se eleva desde el valle del río Douve: el Monteberg, el Kemelberg, el Zwarteberg, parte de la cadena de los *Monts des Flandres*. Cientos de miles de hombres cayeron en esas colinas, luchando por lograr avances insignificantes. Ploegsteert se encontraba en el frente occidental, e incluso un siglo después la primera Guerra Mundial ha dejado una marca indeleble en el paisaje y la psique regional. Cementerios y monumentos aparecen con regularidad, mientras que el primer viernes de cada mes se puede escuchar *The Last Post*¹ en el monumento de arenisca que hay en Ploegsteert. Frente a la iglesia neogótica de la ciudad se erige la estatua de un soldado,

¹ N. del T.: toque de corneta que significa el final de las actividades del día; se toca en los funerales y conmemoraciones para indicar que los soldados recordados han cumplido con su obligación y pueden descansar

tributo a los héroes caídos, que los elementos se han ocupado de cubrir con una pátina turquesa. Su brazo izquierdo aferra un arma, con el derecho señala a un drama invisible, su boca está a punto de lanzar un grito.

Durante la mayor parte de la guerra, menos los primeros meses, los aliados mantuvieron el control de este pueblo, cambiando su nombre por Plug Street. El denso bosque al este, donde se desarrollaron la mayor parte de los combates, se transformó en una ciénaga repleta de barro, balas perdidas y cadáveres en descomposición, con la banda sonora de los obuses surcando los cielos. (Pese a todo, seguía siendo un puesto mucho más agradable que el de Ypres Salient a quince kilómetros de distancia, mucho más disputado y con una tasa de mortalidad mucho más elevada). El futuro primer ministro británico Anthony Eden y el poeta Roland Leighton sirvieron en este lugar; Adolf Hitler y Winston Churchill también estuvieron destinados en diferentes lados de Ploegsteert, en momentos diferentes. El propio pueblo quedó casi destruido por la artillería alemana; Churchill se encontró una mañana su oficina reducida a escombros.

Hace mucho que los cantos de los pájaros y el rodar de los tractores reemplazaron las alambradas y las trincheras. La única batalla que sigue teniendo algo de peso en el Ploegsteert de la actualidad es la batalla idiomática que divide y define la Bélgica moderna. Las señales azules que aparecen en la rotonda frente a la iglesia son buena muestra de ello. No suele ser habitual que las señales aparezcan en las dos lenguas oficiales de Bélgica, francés y neerlandés, señalando a Le Bizet y la ciudad francesa de Armentières al sur, señalando a Messines-Mesen, Ypres-Ieper y Nieuwkerke-Neuve-Église al norte. El distrito natal de Vandenbroucke, Comines-Warneton, del que Ploegsteert forma uno de sus cinco municipios, es un distrito particularmente excéntrico en un país de lo más peculiar; es la vigesimoséptima y más occidental «comuna con facilidades lingüísticas» que ofrece la información en ambos idiomas. En 1963, cuando se fijaron las fronteras lingüísticas modernas de Bélgica, esta pequeña cuña achaparrada de 16 por 61 kilómetros cuadrados, pasó oficialmente de formar parte de Flandes a pertenecer a Hainaut,